

La Guerra de los dos Mundos

Robert Kurz

Las contradicciones de la globalización se hacen notar también bajo el aspecto militar: en una nueva especie, posmoderna, de guerra. Es lo que muestra la comparación con los hechos del pasado. En el período histórico hace poco concluido, estaban frente a frente las superpotencias Estados Unidos y la Unión Soviética, los dos Estados más poderosos del planeta. La carrera armamentista entre esas superpotencias, impulsada mediante gastos considerables, produjo el temor duradero de que se abriese el infierno de un intercambio de golpes intercontinentales, con grandes armas atómicas. Ese temor se extendió por todo el mundo y se proyectó sobre el plano cultural-simbólico en las producciones de la gran literatura, de la ficción científica y de la cultura popular. Un movimiento pacifista a nivel global con pretensiones moralizantes se alzó contra el peligro anunciado de destrucción de la humanidad por los poderosos de este mundo. Sabemos que todo acabó de una manera completamente diferente. La guerra atómica mundial no sucedió; impedida menos por los movimientos pacifistas que por el empate entre las superpotencias en la cuestión nuclear. En vez de ello, la Unión Soviética se rodeó de armas hasta la muerte financiera, mientras que el sistema estatal-capitalista se destruía a sí mismo por sus contradicciones internas. Desde entonces, sólo hay una superpotencia: los Estados Unidos. El espectro de la guerra atómica a escala mundial, que enfrentaría a los dos Estados más poderosos, se disolvió en el aire; la correspondiente literatura apocalíptica hoy no pasa de ser un mero material cultural arqueológico.

Lucha contra espectros

Pero el "one world" de la globalización capitalista no se volvió más pacífico. Por el contrario: amenaza fundarse sobre un mar de sangre y lágrimas. El centro occidental del capital mundial, bajo la hegemonía militar de los Estados Unidos, se siente desafiado por un nuevo enemigo, que surge en lugar del "Imperio del Mal" antaño localizado en el Este. Este enemigo, lo mismo que el contraimperio desaparecido, tiene características que le son comunes. Frente a él, las viejas oposiciones de intereses en los países-núcleo capitalistas industrializados pierden más fuerza todavía y se diluyen como nunca. La supremacía militar de los Estados Unidos, en cualquier caso, no tiene competencia; y además la globalización del capital dejó sin fundamento la lucha entre imperios nacionales por zonas territoriales de influencia. Se alega que el aparato militar globalmente presente de los Estados Unidos, al cual están subordinados los ejércitos de los países europeos a través de la OTAN, no estaría privilegiando intereses nacionales específicos estadounidenses, y sí en cambio protegiendo los modos de producción unificados y el funcionamiento del mercado mundial contra los "disturbios". De ahí ya podemos inferir que la nueva imagen del enemigo tiene un carácter diferente de todas las anteriores. Ya no se trata de una concurrencia imperial entre poderes de igual linaje y del mismo nivel, sino de la confrontación violenta con los espectros de la crisis global en las formas mutantes en que éstos se presentan: "Estados delincuentes", "warlords" [señores de la guerra], mafias, bandas armadas, sectas religiosas y todos aquellos que apadrinan la economía del pillaje que sigue a la globalización como una sombra. Las motivaciones ideológicas, religiosas y socioeconómicas de esa difusa imagen de poder no tienen ya ningún fundamento social o cultural propio. Son, sin excepción, productos en descomposición y putrefacción del propio capitalismo "one world". Los miembros del Talibán, por ejemplo, nunca fueron nada diferente de una mixtura de mafia de drogas (en este caso, heroína), aderezo hollywoodiano e ideología posmoderna disfrazada de religión. Algo no más exótico que los activistas antiaborto, las milicias racistas y los psicópatas norteamericanos que matan a quienes encuentran delante, las sectas protestantes importadas por América Latina o las bandas de radicales de extrema derecha de Europa. Aquellos que los

Estados Unidos llaman "Estados delincuentes", países como Irán, Libia, la parte serbia de lo que quedó de Yugoslavia, y ahora nuevamente Irak, constituyen en la guerra posmoderna del nuevo orden mundial un mero fenómeno de transición. Son dictaduras que quedaron de la época pasada y que se volvieron disfuncionales para el sistema mundial unificado. Con sus ejércitos arcaicos y sistemas de armas provenientes de una industrialización fracasada, se brutalizan en sus ruinas de modernización, adquieren autonomía y se vuelven imprevisibles. Por eso, tienen que ser forzosamente apaciguadas. Sin embargo, detrás de esos modelos fuera de línea, se ponen de manifiesto fenómenos muy diferentes, ellos mismos productos de la nueva época. No bien observamos el espectro de los nuevos "imperios del Mal", vemos una progresiva transición hacia estructuras que ya no se localizan en el plano estatal del poder político y militar. El régimen intransigente de Saddam Hussein es más una clásica dictadura de la modernización, un vestigio de la Guerra Fría. Milosevic, con su gobierno-mafia, fue ya un nuevo tipo de "potentado de la crisis" sobre las ruinas de una máquina estatal destruida por el mercado mundial. El dominio talibán sólo tenía unos pocos residuos de un Estado moderno para mostrar. Y un fenómeno como Al Qaeda está definitivamente asentado sobre un terreno pos y subestatal.

Nueva índole del poder

Esas y otras formas semejantes de sectas armadas, empresas privadas militarizadas, ciertos barrios y regiones enteras dominadas por bandas criminales, etc., se diseminan desde hace ya bastante tiempo por todo el mundo y también por los propios países de Occidente. Al Qaeda es sólo la primera de esa nueva y bárbara índole del poder, que en sus casi incalculables dimensiones se ha transformado en un desafío directo para la potencia mundial Estados Unidos y que debe ser combatida mediante operaciones militares en gran escala como si fuese un Estado competidor.

Este desarrollo de los hechos fue previsto hace mucho tiempo. En la literatura, autores y autoras, como por ejemplo la escritora norteamericana Marge Piercy (1936) en sus novelas de "social phantasy", describieron desde los años 80 un mundo de pesadilla, descivilizado, donde ya no existen más Estados territoriales, y sí apenas "zonas" difusas de conglomerados transnacionales armados, por un lado, y excéntricas chabolas por otro, apestadas por nuevas epidemias y dominadas por la primitiva ley del más fuerte. En el ámbito de la ciencia política, teóricos de los años 90, como Martin van Creveld, historiador militar israelí, revisaron la expresión "guerra civil", tan insuficiente para definir los conflictos armados como los que estallaron en muchas regiones del mundo con el fin de la Unión Soviética. Van Creveld extrapoló la expresión para llegar al concepto de una "guerra post-estatal" que, según él, deberá extenderse sobre el mundo del siglo XXI. Tal guerra ya no será hecha entre Estados, como en los tiempos de prosperidad del capitalismo, y a largo plazo; además, tampoco será protagonizada por el último Estado superpotencia y un poder como Al Qaeda, que escapa a toda representación por las categorías de la modernidad burguesa.

La guerra del futuro, según Van Creveld, sucederá después de la desaparición del mundo de los Estados; ocurrirá entre poderes de los cuales Al Qaeda podría ser una especie de prototipo. Esta tendencia también puede ser deducida del carácter radicalmente nuevo de los movimientos guerrilleros en todo el mundo. En la historia precedente de la modernización, la guerrilla era un Estado "en potencia", por tanto, un fenómeno de formación de Estado. La guerrilla de hoy en Filipinas o en Colombia, a su vez, ya no quiere convertirse en Estado; es ya un fenómeno de desestataización.

El mundo oficial del capitalismo y de la democracia —sobre todo, claro, el mundo de los Estados occidentales, con Estados Unidos a la cabeza— persiguió a las nuevas fuerzas, gestadas en su propio vientre, mediante una estrategia duradera de rechazo y represión. Primero, se actuó como si después del declive del antiguo "Imperio del Mal" fuese fácil mantener bajo control y poco a poco hacer desaparecer en una era de Estado democrático a escala internacional, basada en la unificación de los mercados mundiales, cosas tan desagradables como las prácticas de la violencia, la guerrilla, la mafia, el terrorismo, etc. Hoy incluso se ha anunciado un nuevo enemigo global, resumido en el concepto de "terrorismo". Pero tal imagen del enemigo sigue siendo inconcebible para la ideología mundial oficial, porque esta ideología

no tiene el menor interés en la verdadera naturaleza de aquel enemigo. También en el pasado los grandes conflictos globales fueron siempre, naturalmente, resultado de la propia modernización, ya se tratase del caso de la lucha entre los imperios nacionales desde el final del siglo XIX o el conflicto de sistemas después de 1945. En esos conflictos, mientras tanto, el "Mal" se dejaba construir con mucha más facilidad como una imagen de enemigo externo, pues al fin de cuentas siempre se trataba, de hecho, de potencias adversarias externas, de Estados competidores o sistemas fundados en el suelo común del mercado mundial. Al Qaeda y congéneres, por su parte, no son ni Estados ni sistemas sociales. El "Mal" ya no es un "imperio" territorial, sino un fenómeno interno de la propia globalización. Por eso la nueva imagen del enemigo, modelada a duras penas, es transparente y permite que vislumbremos el fondo común de democracia y terrorismo, de mercado y mafia, de razón burguesa y locura, de Ilustración y seudorreligiosa Contra-Ilustración.

Pero las élites del poder occidentales son incapaces de reconocer en el enemigo y "autor de las perturbaciones" del orden a su pariente más próximo y más íntimo. Característica que, además, comparten con la mayoría de los ciudadanos comunes de la economía de mercado. Y cuando el ciudadano ya no sabe qué hacer, puesto que se siente acosado por los monstruos y espectros incubados por la irracionalidad de su propio modo de vida y orden social, entonces llama a la policía. En la era de la globalización y de sus fantasmas de crisis, quien tiene que actuar de inmediato a nivel global es una policía que, por sí misma y arma en mano, debe apaciguar las contradicciones sociales.

Grados de disturbio

El concepto de "policía mundial", con el que ya en el pasado se había caracterizado a los Estados Unidos, sólo ahora adquiere su sentido completo y se torna literal. El resultado son los contornos supranacionales de las tropas organizadas de policía mundial bajo el mando de los Estados Unidos, extrapolando la estructura hasta entonces vigente de la OTAN. Aunque no exista ni pueda existir de ningún modo un Estado mundial, la última potencia del planeta reivindica el monopolio de la fuerza a nivel global y, con ello, pone en cuestión el propio principio moderno de la concepción del Estado para el resto del mundo. Más allá del mundo de los Estados de Occidente, sólo quedan "zonas" del planeta con diferentes grados de "disturbio". En este sentido, partiendo de los Estados Unidos como aparato central de fuerza, la doctrina militar occidental se transformó radicalmente. Así ha quedado en claro una vez más el nexo estructural interno entre desarrollo capitalista y promoción de la guerra. Los aparatos militares no están siendo desguarnecidos, sino todo lo contrario. La "desterritorialización" de la sociedad, que en el proceso de la globalización aparece económicamente y, en la parálisis de la regulación nacional-estatal, políticamente, se hace notar también en el plano militar, en el desmantelamiento de los tradicionales grandes ejércitos nacionales. No es mera coincidencia que el vocabulario de ese reordenamiento militar recuerde las campañas por la "flexibilización de la mano de obra". Como en el modo de producción capitalista, en el que en lugar de "ejércitos de trabajo" en masa aparece un sistema global de áreas de actuación más diversificadas, extremadamente encogidas en términos empresariales y de alta movilidad, en la estrategia militar el paradigma de tropas especiales flexibles y de acción mundial con armamentos "high-tech" se combina con el paradigma de los ejércitos de masas basados en la infantería y en los vehículos blindados.

Decisivo para estas transformaciones es que el servicio militar deje de ser un sector con implicaciones sociopolíticas. Éste se vuelve un "servicio temporal" para profesionales bien entrenados, algo como colocar azulejos o vender coches. Por esa razón es que el fin del Ejército basado en el servicio militar obligatorio forma parte de tal reordenamiento. Las máquinas de destrucción de última generación aparecen como "puestos de trabajo" absolutamente normales. De manera diferente a las inflamadas batallas de los Estados-títeres de la Guerra Fría, como las que ocurrieron en Corea, Vietnam, etc., tampoco habrá más, por tanto, héroes de guerra. Las nuevas guerras policiales de ámbito global dan antes la clara impresión de una especie de exterminio químico-electrónico de hierbas dañinas y plagas, o equivalen en la conciencia

pública a los operativos para apagar incendios forestales o a los de socorro después de un terremoto. Así se pone de manifiesto una polarización que corresponde exactamente a los lados de la globalización y de la crisis: allá en el cielo, el filisteo "high-tech" posmoderno deshaciéndose de su carga de bombas; aquí en la tierra, el elemento aparentemente arcaico posmoderno, que sale a saquear y a violar por sus inmediaciones, provisto de un rifle, un machete y un cuchillo. No hay lugar para decidir cuál de los dos representa al peor monstruo. Ambos están en la misma medida señalados por la misma ignorancia en relación a los contextos sociales que los producen.

Superioridad inocua

La gigantesca superioridad militar de la policía mundial, entre tanto, se va mostrando cada vez más inocua. No sólo la crisis mundial, cuyas causas son pasadas por alto, gesta nuevos poderes postestatales y pospolíticos según el modelo Al Qaeda, sino que además los golpes de los aparatos de alta tecnología amenazan con caer en el vacío también en el plano militar.

Un combatiente armado con un cuchillo no puede enfrentarse a un caza invisible, pero lo inverso es válido también. Ya no hay un nivel de lucha común a ambas partes. No se puede poner una policía mundial detrás de cada joven "superfluo" para el capitalismo mundial o que esté moralmente destruido, a pesar de que las porras usadas sean cada vez más duras.

Ahora el gobierno norteamericano quiere desarrollar incluso armas atómicas "formato policía mundial" (las "Mini-Nukes"). Pero el intento de mantener en jaque mediante una policía mundial "high-tech" los territorios devastados por el mercado mundial en un universo económicamente desterritorializado, está, con toda certeza, condenado al fracaso.

Y precisamente por eso la tentativa puede arrastrarse, torturante, durante mucho tiempo aún.

Folha de S. Paulo, 28 de abril de 2002

**Robert Kurz es sociólogo y ensayista alemán, autor de Os Últimos Combates (ed. Vozes) y O Colapso da Modernização (ed. Paz y Tierra).
Traducción al portugués de Marcelo Rondinelli
Traducción del portugués: R. D.**